

Los Contemporáneos



EL RELOJ LOCO

NOVELA POR

VICENTE ALMELA MENGOT

Número extraordinario

10 Cents.



Ayuntamiento de Madrid

PILO SUBIMAR

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la Calvicie, la Tiña Pelada y las Canas. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)
Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA



—¿Qué haces aquí, niño?
—Estoy dando una mano de PECA CURA a la borrica, que se está cayendo de vieja.
—¿Y eso pa qué?
—¡Otra que Dios! ¿Pues no sabes que toas las mujeres con PECA CURA rejuvenecen?

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color moreno (siete matices) rosa o blanco, 2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3.25. 5. 8 y 11 ptas., según frasco.

PROBAD los jabones, PROBAD los polvos color moreno (siete matices), rosa blanco, serie "Ideal", perfumes: ROSA DE JERICÓ, Admirable, MATINAL, Rosa, GINESTA, Chipre, Rocio FLOR, Mimosa, VÉRTIGO, ACACIA, MUGUET, Clavel, VIOLETA, Jazmín, 3 pesetas pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los supera, NINGUNO los iguala en perfume, clase ni presentación. Últimas creaciones de

CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

Lea usted:

Alrededor del Mundo

25 céntimos

HIPOFOSFITOS: SALUD



DA VIDA Y VIGOR A LOS DÉBILES

29 AÑOS DE ÉXITO CRECIENTE

Aviso: Con frecuencia y por mayor lucro en la venta se ofrecen similares. Fíjese al comprar que en la etiqueta exterior se lee "HIPOFOSFITOS SALUD".

Avanzamiento de Madrid

EL RELOJ LOCO

I

La casa del alcalde de Zalea, constaba, como, casi todas las viviendas del pueblo, de un solo piso, ancho corral, con pozo, y una cuadra como remate. Aquella noche cenaba la familia en la cocina al amor de la lumbre y bajo los débiles fulgores de un candil de aceite colgado de la lámpara con quinqué de petróleo que pendía de una viga del techo. El alcalde, Antonio Museros, había doblado ya la cumbre de los cincuenta. En su cara arrugada, de ojos pardos, nariz aguilena y boca grande, se veía retratada la llaneza y sobriedad de su carácter. Su mujer, Rosa, una infeliz con veinticuatro años en cada remo, de ojos pitafiosos, "flojillos", como decía su esposo, había sido una compañera fiel y una excelente madre de sus hijos. Eran estos tres: Antonio, Bautista y Tomás, de quince para arriba los tres, y todos ellos gozaban de in-

mejorable salud y de un considerable apetito. Una vez limpios los platos de olla, los cinco individuos de la familia desataron las embargadas lenguas y empezaron a comentar a dónde irían al día siguiente. Dispuso el padre lo que juzgó más oportuno para las faenas agrícolas, y terminó diciendo:

—Tú, Antonio, vendrás conmigo a la alquería.

—Está bien, contestó el aludido.

Encendía un rebelde purito de tres céntimos la primera autoridad municipal zaleana cuando entró Faustino, el alguacil, a recordarle a su superior jerárquico que aquella noche había sesión de segunda convocatoria.

—¿Tendremos gente?, preguntó el alcalde.

—Creo que sí, porque eso del reloj tiene preocupado a todo el mundo, dijo Faustino.

—Tiene mucha gracia eso, afirmó Antonio, el hijo mayor.

—Debe estar descompuesto, añadió el hijo mediano, Bautista.

Y Tomás, el benjamín, gran aficionado al billar, sentenció misteriosamente:

—Yo creo que es cosa de brujas.

—No eres tú el primero que lo ha dicho, agregó con mal disimulada preocupación Faustino, que, como alguacil, tenía la obligación de cuidar del reloj.

—¡Bah!, resumió el alcalde. El reloj anda mal porque se le habrá aflojado alguna rueda. Nada más. Vámonos a la sesión, Faustino.

Salieron. Detrás de ellos lo hizo Antonio. Estaba preocupado. A la luz de la luna, que brillaba limpia y magnífica, en un cielo serenamente azul, adornado de estrellas, el ensimismado joven dió varios tropezones contra las salientes piedras del arroyo. Hacía una noche agradable, tibia, casi primaveral, en que el silencio de la inmensidad llegaba al espíritu como una caricia de placer. ¿Quién hubiera dicho, sin advertir los conciertos gatunos de los tejados, que el primerizo Enero estaba recién nacido? Parecía el aire dormido sobre la verdosa tela tendida en la atmósfera por la arrogante luna, que tenía en sus labios una sonrisa de picardía, como gozosa de las chanzonetas de que hacía objeto a los mortales. Un erudito quizá pensase que se burlaba de la descortesía de Milton, que la calificó, en un rato de malhumor, de "esfera manchada". A nosotros nos pareció que la prolongación enigmática de su boca se debía a la satisfacción experimentada por las enormes tonterías amorosas que realizaban bajo su poderoso influjo los moradores de Zalea, desde los gatos hasta los seres humanos, es decir, tanto los que tenían cola como los que carecían de tan importante apéndice.

¿Con qué habilidades ocultas lograba la altísima y pálida reina del espacio exaltar el ánimo de los apocados, poner en tensión inaudita los nervios de los audaces, y a todos, jóvenes y viejos, endulzarles la seriedad del corazón con amplias perspectivas de felicidad? El reverdecer de las ilusiones, no muy propio de

veladas invernales, ¿sería cosa de encanto y brujería? Hasta el reloj de la torre, el pacífico, cachazudo y probo reloj municipal, que daba con sus graves campanadas sonoras la medida del tiempo a los zaleanos, había perdido su formalidad y ciscándose un poco en el deber, como si debiera su puesto a la protección de un político influyente, daba las horas cuando le venía en gana, sin orden ni concierto, arbitrariamente, causando no pocos perjuicios y molestias con su anárquica conducta al vecindario, que tenía depositada en él su confianza.

Como si poseyera ojos para deleitarse y espíritu para sentir e imaginación para soñar, el anciano reloj de la torre, distraído, confundía las horas con lamentable frecuencia; y así, en el instante mismo en que el alcalde acudía a la sesión, diez campanadas se oyeron en todo el pueblo, con unánime estupefacción de sus vecinos, porque, a lo sumo, serían las siete. Y el reloj, recuperado el aliento, volvió a dar otras diez campanadas, y luego otras diez, y hubiera estado repitiendo su cantinela hasta el amanecer, probablemente, si Faustino, el alguacil, percatándose de la tozuda actitud del sublevado reloj, no refrenara sus arrestos y tratara de volverle a la normalidad, con hábiles y rápidos manejos. Las saetas, grandes y agudas, señalaron las siete y doce minutos; las ruedas de hierro—porque la maquinaria estaba toda hecha a forja—, engrasadas de nuevo, tornaron a sus movimientos normales, y cuarenta y ocho minutos más tarde, en el momento dedicado por los ediles a tratar de las bellaquerías del reloj, ocho campanadas limpias, graciosas, ágiles, se escaparon de la torre ganosas de disfrutar del delicioso encanto de la noche.

El alcalde, que estaba muerto de sueño y que tenía que madrugar, como la mayoría de los concejales, dió fin a la polémica entablada y a la sesión, proponiendo que si el reloj insistía en

sus informalidades, en otra reunión tratarían del asunto.

Antonio, que había esperado en el puente de hierro sentado en una piedra de la carretera a que dieran las ocho, levantóse del poco mullido asiento en que estaba, y lanzando un hondo suspiro torció a la derecha y se internó por una senda que avanzaba desigual entre los retorcidos sarmientos de una viña, en dirección a la vivienda de su amada.

—¿Antonio?, dijo una voz dulce.

—¿Eres tú?, añadió el joven.

—Sí. Como la noche está tan hermosa, he salido a esperarte.

—Gracias, Gertrudis.

La muchacha, que estaba apoyada en el quicio de la puerta, arrogante, esbelta y bonita, era la doncella de sus amores. Sobre el pecho de la elegida, dos rosas frescas y purpúreas se unían por los cálices, como si se dieran un beso.

II

Gertrudis y Antonio, después de las primeras palabras de salutación, quedaron un instante callados, mirándose. Al verse juntos, una confianza plena invadía sus corazones. El único obstáculo que se oponía a su pasión lo constituía la hostilidad de la madre de Gertrudis, Francisca la Cachorra, como la llamaban en el pueblo, no obstante la protección decidida que su marido, el buenazo de Pascual, dispensaba a los amores de su hija y Antonio.

Con dificultad se hallaría en toda Zalea un matrimonio tan merecedor de estudio como el de Pascual y la Cachorra. Pascual era un cordero; su mujer, una pantera. El primero ha-

blaba poco, sonreía siempre y no tenía enemigos. Su selvática consorte charlaba por los codos, gruñía de continuo y apenas contaba con alguna amistad. La vida conyugal, contra lo que pudiera pensarse, deslizábase monótona y tranquila. ¿Cómo había podido obrarse el milagro? Gracias a la bondad y a la inteligencia de Pascual, que no maltrataba nunca a su mujer, ni parecía oír sus gritos, ni paraba mientes en sus chismes y lamentaciones; pero que dulcemente, como si su consorte no existiera, hacía siempre lo que juzgaba oportuno, con la medida y el acierto de su equilibrado espíritu.

—Qué guapa estás, Gertrudis, le dijo Antonio con íntimo convencimiento.

—Mucho, contestó ella burlona.

Y lo estaba, en efecto. Su carita ovalada, morena, de grandes ojos negros, con reflejos azules, nariz recta y boca apretada, de labios finos, rojos, húmedos casi siempre, porque la risa anidaba continuamente en ellos, irradiaba un puro encanto de inocencia y de juventud, sobre el que ponía una brillantez mate la luna. Antonio la miraba con avidez, febril. La esbelta figura de su novia erguía con natural arrogancia.

—¿Dónde has estado hoy?, preguntó ella.

—En la montaña, con mi padre.

Cortó el diálogo la voz áspera de la Cachorra.

—¿Qué hacéis ahí afuera? Entrad.

—Obedezcamos, dijo Gertrudis.

Entraron.

Pascual era el colono de la finca en la cual habitaba, y que por tener una ermita elevada a la advocación de Santa Lucía, todo el mundo la calificaba con el nombre de la Santa. Vivía en la heredad y cuidaba de la dirección de las labores por un modesto jornal y la vivienda que habitaba con su familia. Los días libres trabajaba para otros en las faenas del campo.

Con estos ingresos y los producidos por la leche de seis lustrosas vacas suizas que compró con unos miles de pesetas que heredó de su padre, Pascual vivía tan ricamente, sin apremios económicos, y atendía como era debido a las necesidades domésticas.

Apenas acababan de entrar en la cocina Gertrudis y Antonio, precedidos de la Cachorra, cuando desembocó en la estancia, como un vendabal, procedente del establo, Manolito, el mayor de los varones de la casa. Llegó jadeante, casi sin respiración, como los actores que fingen en la escena haberse dado una larga caminata o estar bajo la impresión sofocante de un susto fenomenal. Al verle aparecer de tan dramático y precipitado modo se sobresaltaron los tres, pensando que quizá ocurriese algo grave; pero Manolito, sonriendo con presteza, con aquella sonrisa familiar que era bondad en su padre, gracia en Gertrudis y travesura en él, les quitó la idea enseguida de cualquier temor, exclamando:

—La gata, la gata, ¡ha parido!

—¿Qué dices?, exclamó la Cachorra con sorpresa.

—Que ha parido. Seis gatitos. ¡Más monos!

—Vamos a verlos, gritó Gertrudis.

La Cachorra cogió el candil de la cocina, y, atropellándose unos a otros, atravesaron el corral, lleno de luz de luna y cubierto con el esplendor de un cielo cuajado de estrellas, y penetraron en el establo. El olorcillo del heno les hizo contener un instante la respiración.

Las seis vacas rumiaban su pienso nocturno en los pesebres.

—Por aquí; vengan por aquí..., en aquel rincón, en un capazo, está la Pintá.

Quieta, orgullosa, mirando con altanería a los visitantes, protegiendo a sus seis hijuelos, estaba la gatita a quien Manolito llamaba la Pintá.

—Qué bonitos son, exclamó la Ca-

chorra mirando a los recién nacidos. Seis, son seis. ¡Pero qué bonitos! Cochina—hablaba a la madre de los felinos—te has lucido. No eres una holgazana ni una mala madre. Has cumplido bien, bien; lo que se dice bien.

Gertrudis miraba con sus ojos llenos de pureza a la Pintá. Antonio pensaba en lo simple que es la vida para los animales. Bastaba que la necesidad orgánica de lanzar al mundo a sus hijuelos se hubiese presentado para que la gata, sin médicos, comadronas, dolores ni inquietudes cumplierse su sagrado deber maternal. ¿Quién será el padre de esos gatitos? Ni lo sabía ni le importaba. A la misma hora, en todo el pueblo, docenas y docenas de gatunas parejas se arrullaban en los solitarios tejados, sin tapujos de ninguna clase, con gritos salvajes y bravíos. El amor, suprema felicidad de la existencia, lo gozaban con mayor intensidad e independencia los animales. ¡Era cosa de sentir envidia!

Oyeron pasos. Era Pascual que se acercaba. Contempló a la gata un instante, complacido, y luego, dirigiéndose a su hija, le ordenó que ordeñase un cazo de leche para la Pintá. Oír la orden y exacerbarse el inflamable humor de la Cachorra fué lo mismo.

—¿Tú estás loco, Pascual? Un cazo de leche, que puede valernos mañana, sin agua, veinte céntimos? Recordones, ¡qué marranada! ¡Qué manera de tirar el dinero! Y todo por una gata. ¿Qué nos importa a nosotros la gata ni toda su descendencia? Aunque se muriera de hambre, ¿a nosotros qué? ¡Recordones! Vivir para ver.

Pero Gertrudis, que ya había terminado de ordeñar el cazo de leche, lo dejó junto a la espuerta donde reposaba orgullosa con su nidada la Pintá. Pascual cogió el candil y detrás de él salieron todos del establo. Cuando pasaban por el corral, el reloj del pueblo daba ya las nueve.

El candel volvió a ser colgado del quinqué, en la cocina. Pascual y Manolo se pusieron a preparar cuerda para ir a cargar leña al día siguiente; la Cachorra cogió la calceta y se fué junto a la chimenea, donde crepitaban secos troncos de olivo. Antonio y Gertrudis se sentaron, muy pegaditos, contra el zócalo de blancos azulejos.

Pocos minutos habían transcurrido cuando ya la Cachorra dormitaba sobre la empezada media que tenía en las manos. Avisó a los asistentes con un ronquido preliminar que llevó la alarma y el desconsuelo a las numerosas arañas que tejían en el techo sus finísimas telas grises. Nadie paró mientes aquella noche en sus desahogos acústicos y la Cachorra roncó a su antojo, sin que quedara una araña para contarle en el techo de la cocina.

La charla de los enamorados era asidua, interesante.

—Me han dicho, comenzó diciendo Antonio, que tu madre quiere casarte con tu primo Baltasar.

—¿Con Baltasar? Calla, hombre.

—Me lo han dicho, y la persona que ha hablado conmigo puede saberlo bien.

—A mí no me ha dicho nada.

—Lo sé de buena tinta. Y quiere casarte porque él es rico y le esperan dos buenas herencias.

—Tú eres demasiado celoso, Antonio. Mi padre no faltará nunca a la palabra que te ha dado. Y yo, por nada del mundo me casaría con otro hombre.

—Ni yo, aunque fuera para ser rey, me casaría con otra mujer.

—No hables más de eso.

—Déjame que hable, que tú eres el primer cariño de mi vida y no te puedo apartar ni un instante de mi pensamiento. Me gusta ir al campo con mi padre, porque hablamos poco y así tengo más tiempo para pensar en ti. ¡Gertrudis, si no vivo más que para quererte!

—¿Y yo para qué vivo, Antonio, sino para quererte a ti?

—¿De modo que tu primo...?

—Que se espere sentado.

—¿No ha venido aún ninguna tarde?

—Ni es fácil que venga. Tú ya sabes lo vergonzoso que es. Huye de las personas. Y aunque viniese, no conseguiría nada.

—Gracias, Gertrudis. En ti sólo confío. Si tú me quieres de veras, yo no temo nada.

—Pues te quiero con toda mi alma.

Antes de entrar en su casa, Antonio buscó tres piedras en el arroyo para colocarlas en el portal. Zalea es un pueblo agricultor, sencillo y humilde, de poco más de mil habitantes, construido entre la montaña y el mar. La hora a que se han de levantar sus moradores depende del sitio adonde tienen que ir a trabajar. Y como este detalle se decide casi siempre durante la cena, y en el pueblo no se conocen apenas los despertadores, el encargado de llamar a todo el mundo por la mañana es el sereno. Cada hora, el sereno recorre las cinco calles del pueblo y se fija en las puertas de las casas para ver el número de piedras que hay en ellas. La cantidad de piedras indica la hora a que quieren levantarse los individuos de la vivienda.

La noche era de una calma seductora. Un vasto silencio, sólo interrumpido por los maullidos de los gatos, que se acosaban melosos por tejados y portales, descendía de la altura. El carro, con sus siete estrellas, de claros fulgores, avanzaba con lentitud hacia las montañas bañadas de luna. Nu-

merasas constelaciones, restos fósiles de una lujuriente vegetación mitológica, según Franz Cumont, irradiaban el esplendor suave de sus luces. La floración de las estrellas era como un milagro de poesía. Una serenidad inmutable presidía el misterio de lo desconocido. El alma sentíase arrastrada, con místico arrobamiento, a la esencia de lo infinito. La idea de tiempo, consecuencia de la limitación de la naturaleza humana, carece de valor ante la eternidad de la creación. El hombre, para llegar a Dios, tendría que olvidarse de la noción del tiempo, porque Dios es la entraña de la eternidad, sin ridículas limitaciones de tiempo ni de espacio. Quizá el reloj de la torre, loco como cualquier desdichado mortal, con monomanía de grandeza, se creyese el Creador de todo lo existente y mofándose del tiempo, menguada concepción humana, se había dedicado a producirse con absoluta arbitrariedad, con una autonomía paralela a la condición permanente de la materia, sin principio ni fin. El hombre no es más que un puñado de materia que adquiere conciencia de sí misma y de su eternidad como materia.

A las once en punto, el tío *Socarraes*, hombre de cincuenta años, que desempeñaba en Zalea los oficios de enterrador y sereno, dió la vuelta al pueblo.

—Ave María Purísima. Las once. ¡Serenoooo!

Estaba cansado. Durante el día el trabajo en el cementerio le había rendido. En espera de que dieran las doce se dirigió al Ayuntamiento. Abrió la puerta de la vivienda edilicia y se sentó en una silla de cuerda. Para no dormirse encendió un pitillo. Cabeceaba.

—No quiero dormirme, pensó. Tengo que despertar a mucha gente a la una, a las dos... Aunque bien pensado... media horita de sueño... El reloj me despertará con sus campanadas.

Sí; podría dormir media horita... media horita...

Un minuto después el tío *Socarraes* estaba profundamente dormido. ¿Quién se lo dijo al reloj de la torre que rezongaba con su tic-tac monótono sobre la cabeza del infeliz sereno? No hemos podido averiguarlo. Pero lo cierto es que el loco reloj ya no marcó hora alguna, y que la noche se deslizó mansamente, como el agua de las hondas acequias, de márgenes floridas, en las campestres llanuras.

A las cinco de la mañana, cuando Faustino, el alguacil, entró en la sala capitular, despertó al buen hombre, que aún roncaba con asiduo empeño. El infeliz *Socarraes*, al averiguar que eran las cinco de la mañana, se quedó aterrado. Dos gruesas lágrimas resbalaron por su rugosa faz.

—¿Qué será de mí, de mi mujer y de mis hijos? ¡Porque me echarán del cargo! ¡No he despertado a nadie! ¡A nadie! ¡Sálvame, Faustino!

—Le salvaré, añadió el alguacil. Si alguien pregunta, diga que le dió un ataque y que se cayó al suelo sin sentido. Yo hablaré en seguida con el médico.

En el pueblo, poco a poco, se iban abriendo las puertas de las casas. Los labradores se despertaban por sí mismos, cansados de dormir. ¿Por qué no les había llamado el sereno? Los gallos, en los corrales, lanzaban con ufanía a los aires su canto matinal anunciador de la proximidad del alba.

La luna se ocultaba por los altos pinares de las montañas. Ni los días de fiesta se levantaba nadie tan tarde.

Un poco avergonzados fueron saliendo de sus casas los zaleanos. Al clarín triunfal de los gallos se mezcló un rumor creciente de rodar de carros sobre las calzadas.

—Buenos días.

—Buenos días nos de Dios.

Se saludaban por compromiso, esquivando las miradas, como si al levantarse involuntariamente tan tarde

hubiesen cometido un enorme delito. Alguno, más desvergonzado, increpaba a su vecino con burlas y dichos groseros.

—Quieres demasiado a tu mujer. No estés con ella tanto en la cama.

—Calla, gandul.

El médico, requerido por Faustino, se dirigió al Ayuntamiento.

—¿Qué le ha pasado hombre?—dijo el galeno al desdichado Socarraes.

—Pues, ya lo sabe usted... Ayer por la mañana se me presentó un cadáver...

—¿Cómo que se le presentó un cadáver?

—Que tuve que enterrar a un muerto.

—Eso es distinto.

—A un montañés. Usted, como médico, ya lo sabrá.

—Desde luego.

—Y claro. Estaba muerto de sueño. Me dormí, y el reloj, ¡maldito reloj! como no anda, no me he despertado...

—No se apure usted. Yo afirmaré,—dijo el médico,—que al entrar en el Ayuntamiento le dió a usted un ataque.

Una hora después, más que de la jugarreta del reloj se hablaba en el pueblo del ataque que le había dado al tío Socarraes y del que, según afirmaba Faustino, se había salvado por un verdadero milagro.

IV

La noticia de que la Cachorra y la tía Tomasa, la madre de Baltasar, estaban de acuerdo para estorbar sus amores con Gertrudis, tenía trastornado al pobre Antonio por completo.

Su padre, que iba al campo casi siempre con él, había observado con

pena la tristeza de su hijo, y adivinando el motivo, callaba y le dejaba en libertad y hacíase el distraído cuando Antonio, abstraído en sus meditaciones y apoyado en el mango de la azada, quedábase rezagado en el surco, como si fuese víctima de una alucinación.

Su padre, un día, no pudiéndose aguantar, le dijo:

—Pareces una señorita.

Antonio le miró con fijeza, sin contestarle. Una cólera sorda se elevó en su pecho, contra su padre. Si tú fueras rico, pensaba, no me pasaría lo que me pasa. Pero así, como soy hijo de un pelagatos, cualquiera puede birlarme la novia. ¡Señorita! ¿Conque por querer con fatigas a una mujer parezco una señorita? No, demonio. Ya se vería que él era hombre y muy hombre.

Una idea diabólica le ganó la voluntad. Puesto que su padre le había llamado señorita, lo mejor sería fingirse enfermo. Eso es. Enfermo de una clase de dolencia que no le obligara a guardar cama, de dolor, por ejemplo, en los brazos, en las piernas, en la espalda; un dolor que le impidiera manejar la azada, pero no corretear por el pueblo y vigilar a su novia. ¡Lo que es la entrevista de Baltasar con Gertrudis estaba él dispuesto a impedirla, fuese como fuese!

No era hombre Antonio capaz de domar con escrúpulos la impetuosidad de un deseo. Apenas había formulado en su fuero interno el plan apuntado, miró a su padre que estaba regando unas coles y dando un grito agudo dejó caer la azada en el suelo. El alcalde, sobresaltado, corrió hacia su hijo.

—¿Qué tienes, Antonio? ¿Contesta, hijo mío?

Antonio, con los ojos cerrados y cogiéndose con la mano izquierda el brazo derecho, lanzaba gemidos hondos, como si tratara de dominar con su entereza la magnitud del sufrimiento.

—¡Habla, si quieres! ¿Qué te ha pasado?

—¡Ay! ¡Nada! ¡El brazo, el brazo que me duele horriblemente!... ¡Es como si me clavaran mil agujas a la vez!

—Eo no será nada. Un calambre.

—No—añadió Antonio, decidido a que su padre no le quitase importancia a la fingida enfermedad,—si es que la espalda me duele también y la rodilla derecha. ¡Ay! Ayúdeme. Acompáñeme al carro. A ver si sentado me pasa.

—Al pueblo, es adonde nos vamos en seguida. De todos modos, el sol ya está a punto de ponerse y no habíamos de tardar mucho en regresar. Llamaremos al médico tan pronto como lleguemos, a ver qué dice.

—Bueno.

El alcalde enganchó el macho al carro y emprendieron el retorno al pueblo. La madre de Antonio, al verle descender del carro y oír sus porfiados lamentos, empezó a dar gritos de verdadera angustia.

—¡Hijo mío! ¡Hijo de mis entrañas! ¿Qué tienes?

—¡Ay madre! No lo sé.

Ante el dolor y las lágrimas que brotaban a torrentes de los pitafiosos ojos de su madre, Antonio tuvo un instante de arrepentimiento. Era una canallada lo que él hacía con su padre y con aquella santa mujer que le había llevado en las entrañas. Pero la voz de su egoísmo se impuso. Caminando con dificultad y abrazado a sus padres, se dirigió a su cuarto y se acostó.

Los chicos aún no habían regresado del campo. Una vecina fué a llamar al médico. Como se trataba de un hijo del alcalde, el joven galeno no se hizo esperar. Reconoció con detenimiento al muchacho, que no cesaba de quejarse, y acabó sentenciando que "aquello" quizá fuese reuma.

—Que se quede en casa unos días. Tomará tres cucharadas diarias de

una medicina. Ahora le daré la receta. Eso no será nada.

—Menos mal—dijo el padre.

La alcaldesa, más desconfiada, preguntó:

—¿Usted cree?

—Estoy seguro.

El médico dejó una receta y se fué. Los vecinos que esperaban la salida del doctor irrumpieron en la lóbrega alcoba.

—¿Qué dice? ¿qué dice?—preguntaban con mal disimulada curiosidad.

—Dice que es reuma y que pasará pronto—anunció el alcalde.

—¡Ay, pronto! Eso ya lo veremos,—susurró Tona la estanquera, mujer que a todo ponía peros.—¿Os acordáis del chico de la tía Jacinta? Tres años estuvo el pobre enfermito. ¡Tres años! Y el dolor no se le iba.

Antonio le dirigió una mirada de gratitud.

—Es que Juan, el hijo de la tía Jacinta, más que reuma, a mí lo que me parece que tenía era pereza—dijo el tío Eusebio, el veterinario.

Antonio se sobresaltó y reanudó sus gemidos.

—Vaya—dijo el tío Eusebio advirtiéndole que sus palabras no habían producido muy grata impresión,—me voy. Celebraré una rápida mejoría.

—Gracias—dijo Antonio con voz compungida, como un consumado actor.

—¿Y qué le ha ordenado el médico?—preguntó la tía Roseta, prima de la alcaldesa y mujer que tenía fama de curandera.

—Ha dejado una receta, contestó su prima.

—¿Una receta? ¡Bah! No hagáis caso. Los médicos todo lo arreglan con recetas.

¿En qué pueblo de España no se encontrará una mujer que se juzgue capaz de curar a un enfermo por arte providencial? Es frecuente en las provincias de Levante, encontrar personas de las cuales se dice que "curan

de gracia" por haber nacido el día de Jueves Santo. A estas personas, cuando un enfermo cae en cama, se las ruega que le froten y que le manipulen, rezando oraciones, el vientre. Hace dos años, había en Villarreal un muchacho que llegó a gozar de un prestigio enorme entre las clases populares. El famoso niño no pulsaba a los enfermos, ni les auscultaba, ni procuraba indagar los síntomas de su dolencia. Lo descubría todo con su milagroso "golpe de vista". En cuanto veía a un enfermo delante de su personita, exclamaba: —Usted padece del estómago, o de los riñones, o del hígado. Se curará, por ejemplo, bebiéndose tres vasos de agua de malvas todos los días, y rezando tres padrenuestros antes de acostarse. Al niño no se le podía preguntar nada, ni contradecirle. Se enfadaba y ya no respondía. Como un tirano, no le gustaba que sus órdenes quedasen incumplidas o que fuesen puestas en duda. De centenares de pueblos acudían a consultarle miles y miles de personas. En su casa entraba todos los días una peregrinación de dolientes. Algunas veces se equivocaba; el pobrecito!, pero solía acertar, y acertaba casi siempre, según la creencia general. Los enfermos echaban a sus pies una limosna, lo que querían, y se marchaban.

—Llevadlo al niño de Villarreal— dijo Tona la estanquera.

—No — dijo Antonio, colérico, sin poderse contener. Para viajes estaba él.

—Tiene razón el chico, dijo la tía Roseta. No hace ninguna falta. Ahora ya sabemos lo que tiene Antonio. Reuma. Pues para el reuma tengo yo una medicina mejor que todo lo que puedan recetar los médicos. Es la receta con que se curaban el "dolor" nuestros bisabuelos y nuestros abuelos; con la que se ponían buenos nuestros padres y con la que debemos sanar a nuestros hijos.

Rosa, la alcaldesa, asintió. A ella le

inspiraba un terror supersticioso cuanto olía a medicamentos y a botica.

—¿Y qué medicina es esa? — preguntó el alcalde.

—Aceite de alacranes. Se cogen unos cuantos alacranes vivos y se los frie con mucho aceite. Con este aceite, se dan unas fricciones en la parte dolorida del enfermo.

El alcalde antes de decidirse por la medicina propuesta por la tía Roseta, consultó la opinión de su hijo.

—¿Qué te parece, Antonio?

—Me parece muy bien, padre. Esa medicina estamos seguros de que cura. Mientras que la del médico será cara, una medicina cara...

—Eso, eso— afirmó su madre, que era tacaña.

—Y no estamos para gastos inútiles— acabó diciendo Antonio.

Quedó aprobado que Antonio se curaría el reuma con aceite de alacranes. La receta del médico, pisoteada, por no oír la conversación de la alcaoba, había logrado escapar hasta las baldosas del pasillo.

V

Faustino, el alguacil, era el hombre del día en Zalea. Desde la noche en que el reloj municipal sorprendido ante la belleza de la luna habíase quedado mudo durante varias horas, dándole un disgusto de muerte al pobre sereno y obligando a levantarse tarde a la mayoría de los zaleanos, la gente no paraba de preguntarle la causa de aquel inesperado silencio. El hombre ya no sabía qué contestar. Especialmente, las mujeres, que eran las únicas pobladoras del pueblo de sol a sol, le traían malhumorado con sus imperti-

nencias. ¿Tenía él la culpa de lo que ocurría?

Y el reloj, desde la noche en que el Ayuntamiento se ocupó por primera vez de sus andanzas, seguía en pleno disparate. Varias versiones corrían en el pueblo relacionadas con el asunto. Los menos, personas de relativa cultura, como el cura, el médico, el albeitar, el secretario y el maestro, opinaban que estaba descompuesto y que había que llamar a un relojero para que lo arreglase. Otros, achacaban al calor que hacía en Enero, impropio de la estación, el motivo de su locura. Los más consideraban que era seguramente algo misterioso y sobrenatural, debido a duendes y brujas, lo que determinaba el desconcierto con que se conducía el desdichado reloj. "Alguien que le habrá echado *mal de ojo* al pueblo tendrá la culpa", sostenían los supersticiosos.

El día en que el hijo segundo del alcalde fué a coger los alacranes con que fabricar el bálsamo para curar el reuma a su hermano, Faustino lo pasó en una constante angustia. Ochenta o noventa arremetidas en una jornada y si los alfilerazos son de mujer con mayor motivo, rinden al espíritu más fuerte. A las cinco y media de la tarde, el alguacil ya no podía con su alma. Y en esta disposición de ánimo se dirigió a Santa Lucía, sin sospechar la bronca que le aguardaba.

Junto a la chimenea de la "cocina" estaban *la Cachorra*, su hija Gertrudis y la tía Tomasa, con su hijo Baltasar. La tía Tomasa era una marisabidilla, orgullosa porque su marido le dejó al morirle una hacienda regular, y porque su hijo único, Baltasar, era uno de los mozos más gallardos del pueblo. Si no fuera por aquella timidez que le dominaba, tendría las mujeres a puntapiés. Baltasar, en efecto, era alto, moreno, delgado, de anchas espaldas y rostro inteligente. *La Cachorra* y la tía Tomasa eran amigas de la infancia y se querían entrañable-

mente. No había cálculo de ninguna especie en su deseo de casar a Gertrudis con Baltasar, porque económicamente la boda era desigual, sino afecto, un afecto íntimo y fuerte que las dos madres se profesaban y que pretendían ver perpetuado en sus hijos.

Pascual no había aún regresado de Castellón, adonde había ido a descargar leña en una fábrica de azulejos. Las dos madres, a sus anchas y en presencia de sus hijos, trataban de la proyectada boda. Gertrudis, callada, triste, porque pensaba en su novio enfermo, hacía calceta junto a su madre.

—Con ese no se casará—decía *la Cachorra*,—porque se me ha metido a mí en las narices.

—Un marido como mi hijo Baltasar, te conviene a ti, tonta—afirmaba Tomasa, envolviendo a Gertrudis con miradas de ternura.

En este punto y hora entró Faustino en la "cocina". Llevaba un recibo del inquilinato. Su presencia exasperó a *la Cachorra*, que, como todas las mujeres de pueblo acostumbradas a luchar bravamente con la miseria, defendía con heroísmo el escaso dinero ahorrado.

—¿A qué vienes tú? (Claro está que lo sabía de sobra). ¡Habla!

—Pues a cobrar el recibo del inquilinato.

—¿Del inquilinato? Mal tiro os pegan a todos los del Ayuntamiento. Le dan a una los amos la casa gratis y encima tiene uno que pagar a esos gandules. Toma el dinero. Y ahora, si quieres, vete a casa del alcalde, de ese que quiere casar a su hijo con mi Gertrudis y dile que se limpie, que no se hizo la miel para su boca.

—Eso dígaselo usted si quiere a él, que yo no soy correo de nadie. Vaya, buenas noches.

Y salió.

Salió, oyendo la granizada final que le soltaba *la Cachorra*.

—Ahí va el marqués. En la puerta

le espera el automóvil. El marqués de la boñiga. ¡Yo no soy correo de nadie! dice. Recordones, y es el criado de todos los del pueblo.

Faustino iba encendido de coraje. La tal *Cachorra* era peor que una víbora.

Terminado su yantar, el alguacil se fué a la vivienda del alcalde para llevarle la firma. El tío Antonio, que acababa de cenar y discutía con su mujer, Bautista y Tomás, el sitio adonde irían a trabajar al día siguiente, calándose las gafas y empuñando el mango que, con el tintero, le puso sobre la mesa, alcanzándolos de la repisa de la chimenea, el propio alguacil, dispúsose a estampar su nombre al pie de los documentos oficiales. Como la tarea era larga y el buen alcalde firmaba con una calma desesperante, cual si en vez de escribir dibujase, Faustino aprovechó la ocasión para subir a charlar con el enfermo, a quien expuso minuciosamente su visita a Santa Lucía. El taimado Antonio rugía con indignación, desesperado, porque sus astucias y bellaquerías no le habían servido de nada. Todo el día se lo había pasado dándole friegas en piernas y espalda y poniéndole la piel como si fuera un tomate maduro la buenaza de su madre, amargadísima por la dolencia de su hijo. De las piernas, sólo con un día, había huído el dolor. ¡Era milagrosa la medicina de *Roseta*! Pero en la espalda seguía pertinaz. Y lo curioso es que tanto y con tal brío le manoseó su madre, con las manos pringadas de aceite medicinal, que Antonio estaba efectivamente postrado y dolorido, sin humor ni ganas de abandonar el duro lecho.

—Mañana, pase lo que pase y aunque no pueda moverme — le dijo Antonio al alguacil, iré a Santa Lucía. Hablaré con el padre de mi novia. Estoy dispuesto a todo. Ella no será más que mía. ¡¡ Mía !!

VI

A las seis en punto comenzó a tocar la campana de la iglesia. Era la víspera del día de San Antonio, patrón de Zalea, y la hora en que comenzaban las fiestas del pueblo. El reloj, que desde la noche en que se quedó dormido en competencia con el tío *Socarras*, el sereno, se comportaba con su habitual cachaza, marcó la hora con seis campanadas que sonaron alegremente en los oídos de todos los zaleanos. La noche había llegado envuelta en densos nubarrones y de vez en cuando retumbaba el trueno en las alturas. No importaba. A toda costa se celebraría la tradicional *Machá*, fiesta típica del pueblo, la que conmovía más hondamente el corazón de los zaleanos. En las puertas de las casas comenzaron a levantarse montones de haces de leña.

La gente del pueblo discurría precipitadamente por las calles. Frente a la iglesia, adosada al muro de entrada, se había levantado una tribuna de madera, adornada con colgaduras de los colores nacionales. Esperaban en casa del cura ataviadas con sus clásicos y fastuosos trajes de valencianas, Gertrudis, la clavariesa y seis muchachas más, que constituían su acompañamiento. De pronto comenzaron a encenderse las hogueras colocadas delante de las casas. Una claridad inusitada, rojiza, iluminó las calles sombrías. Desiguales y esbeltas columnas de humo se perdían en la densa negrura del cielo, sólo animado de tarde en tarde por el lívido claror de los relámpagos. Vista de lejos, Zalea parecía incendiada por sus cuatro costados. Las llamas eran tan altas, que

llegaban a lamer los aleros de los tejados. Enjambres de chiquillos corrían y saltaban junto a las hogueras. Nadie hacía caso de los truenos ni de la tempestad que se avecinaba. Animosas, alegres, ocuparon la tribuna la clavariesa y sus seis compañeras. Cuatro gruesas antorchas iluminaban el zaguán de la iglesia. La banda de música, colocada a la derecha de la tribuna, obedeciendo a una orden del sacerdote del pueblo, rompió a tocar. Oírse los primeros acordes de la música y salir de las casas numerosos centauros, saltando intrépidamente por encima de las hogueras, fué cosa de un instante. Los mozos del pueblo, montados en sus machos, acudían a la iglesia. No iban a renovar la leyenda del Rey de Tesalia, ni a luchar con los lapitas, para ser dignos de Rubens. Como los pastores de la campiña romana, como los gauchos de las llanuras de América, los jóvenes zaleanos montados gallardamente en sus bestias, caminaban a disputarse el triunfo en un torneo de amor. Partirían todos juntos de la iglesia y darían dos vueltas velozmente al pueblo. El que llegase antes sería el clavario de las fiestas con Gertrudis y se llevaría la *coqueta*, la primera de las tortas de harina de trigo, pasas y azúcar, amasadas por las chicas de la tribuna para repartirlas entre los justadores. Dos mozos se disputaban aquella noche, especialmente, la victoria: Antonio y Baltasar. El primero, "aún enfermo", se había empeñado en tomar parte, contra los consejos de su familia y de los parientes y amigos. Tratándose de su novia, él corría aquella noche, aunque reventara! Baltasar no decía nada; pero nadie podía dudar que trataría de vencer. Reunidos frente a la iglesia, los corredores, se pusieron en filas y aguardaron la orden de partida. No se hizo esperar mucho. El alguacil les preguntó:

—¿Estáis todos dispuestos?

Un coro afirmativo le contestó.

—Entonces—dijo Faustino, — voy a daros la señal.

Y empuñando el cornetín con que anunciaba los pregones, dió el estridente toque de partida. Montados en pelo sobre sus caballerías, espoleándolas con los talones y agarrados a las crines, salieron en precipitada carrera los cuarenta o cincuenta jinetes. Partieron juntos, en un confuso conglomerado, como están las estrellas en la constelación Centauro. El trote de las bestias apagó un momento la ronca furia de los truenos. Avanzaban imponentes, arrolladores, como si fuesen los demonios de la tempestad, una verdadera horda de centauros, de monstruos feroces, como los llamó Píndaro. A la luz de las hogueras su estrepitoso galope adquiría una grandeza digna de ser cantada por Homero. Junto a las paredes de las casas, en los techos libres de fuego, los habitantes del pueblo contemplaban la loca carrera. Se oían gritos salvajes, frenéticos, que enardecían a las bestias. Las herraduras levantaban haces de chispas en los pedernales del arroyo. Desde hacía muchos años, que su madre Hera, convertida en nube por la cólera de Júpiter, no se había dignado asistir a sus hazafías. Pero aquella noche, conocedora sin duda de la rivalidad de Antonio y Baltasar, había querido contemplar personalmente su pugilato, rodeada de la cohorte de rayos y truenos que constituyen su séquito. Antes de terminar la primera vuelta, los dos jóvenes ya habían logrado destacarse de los demás jinetes, y corrían audaces cual dos centauros de los gloriosos tiempos de Fidas, casi juntos, con un ímpetu que espantaba. La gente les veía pasar en silencio.

—Se van a matar, se van a matar—decían unánimes los espectadores, al salir de su asombro, en vista de la temeridad con que luchaban.

Pero ellos no pensaban en el peligro, sino en el triunfo; no veían a la muerte, descarnada e irónica, tratan-

do de darles un eterno abrazo, sino a Gertrudis, bella como nunca, con su sonrisa de ternura y de bondad en los labios. Querían triunfar a toda costa. Si les hubieran pedido el sacrificio de la vida, en aquel instante, a cambio de la victoria, los dos hubieran inmolado su vida con júbilo. El pueblo entero estaba pendiente de sus personas. Impulsábales el amor con una ceguera suicida. Sus machos, espumeantes, sudorosos, con los ojos inyectados de sangre y resoplando furiosamente con las temblorosas fauces, parecían contagiados de la demencia de sus dueños. A poca distancia les seguía el tropel de los rezagados, de los que todavía pugnaban por vencer. Hera, desde su trono de nubes, les animaba con hosclos bramidos, con feroces truénos. Los relámpagos vivísimos, eclipsaban por instantes el infernal llamear de las hogueras.

El trote de las bestias comenzó a percibirse cercano desde la tribuna. La claveriesa y sus amigas, echadas sobre la baranda, miraron con avidez al confín de la calle, por donde avanzaba veloz la masa negra de los corredores. Un grito inmenso proclamó el nombre del jinete que venía delante.

—¡¡ Baltasar !!

A un metro, casi pegado a él avanzaba vomitando blasfemias Antonio. Los hombres del lugar, reunidos en el último trecho de la carrera, los jaleaban.

—¡ Duro, Baltasar !

—¡ Aprieta Antonio ! ¡ Que no se diga !

Y los dos corredores, arrancaban las crines de los machos y les pateaban el vientre y los exasperaban con voces e insultos. Hubo un instante de silencio y de suprema ansiedad. Ya estaban cercanos a la meta. Antonio había adelantado más de dos palmos y el triunfo estaba dudoso. Pero de pronto, el macho de Baltasar, dando un vigoroso salto, se adelantó más

de un metro, y pasó dominador por delante de la tribuna. Un aplauso ensordecedor, prolongado, se le tributó al héroe. Calientes lágrimas de odio y de rabia resbalaron por los ojos de Antonio, que siguió corriendo calle arriba para disimular su mortal angustia. Sentía vacío el pecho como si le hubieran arrancado el corazón. Los héroes. Calientes lágrimas de odio y de rabia resbalón por los ojos de Antonio, que siguió corriendo calle arriba para disimular su mortal angustia. Sentía vacío el pecho, como si hubieran arrancado el corazón. Los vítores y aclamaciones al vencedor le producían una cólera infinita. Otros jinetes que le venían a la zaga, le hicieron volver. Uno de ellos, su hermano Bautista, que ya había empezado a justificar la derrota de su hermano achacándola a los dolores reumáticos que padecía, le dijo:

—Vamos a recoger la coqueta, Antonio.

—Vamos, dijo el aludido.

Las bestias, más calmadas, seguían caminando despacio. Antonio, escoltado por sus amigos, como si fuese el capitán, avanzó hacia la iglesia dominando su rabia. Con gran sorpresa, al llegar frente a la tribuna, se sintió también aplaudido y aclamado. Moralmente, según afirmaban muchos, la victoria había sido suya. Sin la enfermedad que le abrumaba, él hubiera sido seguramente el vencedor. Su novia también le sonreía orgullosa. La flor divina de la boca dulce de Gertrudis no era para Baltasar, sino para Antonio, el hombre amado sobre todas las cosas de este mundo. Y Antonio acabó por dejar un huequecito en su corazón a la esperanza, en su corazón que había resucitado y brincaba de gozo en el pecho.

Poco después de terminada la misa mayor, comenzaron los hombres y muchachos del pueblo a cerrar el trozo de calle, frente a la posada, donde habían de celebrarse durante tres días las capeas. Con dos hileras de carros, unidos unos a otros y atados con fuertes cuerdas, quedó lista la plaza, y frente a las viviendas construyeron vallas, con troncos de árboles, bastante claros, entre sí para que pudiera deslizarse por los huecos una persona y no pasara un toro.

De cuantos festejos se celebraban, las capeas constituían el atractivo principal. Comenzaban a las dos y media de la tarde y terminaban al hacerse de noche. En balcones, carros, azoteas y catafalcos, la multitud se apiñaba para asistir al simple espectáculo. Desfilaban las ocho reses, una detrás de otra, después de haber sido acosadas, maltratadas, heridas, por los aficionados del pueblo y los torerillos en ciernes.

Durante los dos primeros días de capea, aparte alguna que otra contusión y algún que otro varetazo, no ocurrió nada digno de mencionarse. Pero al tercer día, la tragedia surgió de improviso. Era el día en que solían ocurrir los accidentes graves. Se explicaba. Para huir de las acometidas de los toros hacía falta ligereza en las piernas y tener buena vista, y de ambas cosas carecían ya los zaleanos y torerillos de la capital, aspirantes a fenómenos, después de tres jornadas de borrachera constante. Acababa de terminar la merienda. La banda municipal había tocado un brioso pasodoble, que bailaron en la plaza los aficionados. Aún quedaban cuatro toros. Sonaron la dulzaina y el tambo-

ril y la quinta res hizo su aparición. La gente, con el entusiasmo de la digestión, prorrumpió en aplausos. Doraba el sol las paredes norteñas de las casas y tenía el cielo una diáfana serenidad. Como los anteriores, el cauto y astuto toro se situó a la defensiva en el sitio de costumbre. Pasaban delante de su tremebunda cabeza, coronada con dos altos y abiertos pitones, animándole con sus blusas, los zaleanos. El toro seguía inmóvil, quieto, impassible. De pronto, un hombre casado y con siete hijos, leñador de oficio y llamado Ramón de *Carabases*, de cuarenta años de edad y borracho como una cuba, se plantó delante del cornúpeto citándole a cuerpo limpio. El toro, al principio, no le hizo caso. Pero el crapuloso Ramón seguía citándolo con una inconsciente despreocupación. Los espectadores que no habían perdido del todo la cabeza le invitaban a retirarse.

—Vete, Ramón.

—Que te matará.

—*Che*, vete.

Y lo mató. El toro, en un momento en que Ramón miraba al catafalco del Ayuntamiento y se encogía de hombros ante el peligro, avanzó veloz, con una acometida desesperada y vengó los mil agravios recibidos en su azarosa existencia, dándole una certera cornada que le atravesó mortalmente el vientre. Ramón se encogió, aun ensartado en el cuerno, y despedido a distancia por el marrajo, cayó al suelo como un saco de harina. Quedó en actitud decúbite supino. De su vientre salía un caño de sangre.

Un beodo preguntó brutalmente:

—¿Eso es sangre o vino?

La opinión era unánime:

—¡Había tenido él la culpa!

A pesar de la consternación general, la capea no se suspendió. Sólo el reloj, dando una nota de cordura, en medio de su desvarío enmudeció durante largas horas, no sabemos si de dolor.

VIII

La conducta del desfallecido y fuanambulesco reloj de Zalea durante los días consagrados a solemnizar las fiestas de San Antonio, patrón del pueblo, fué merecedora de las mayores alabanzas. Viejo, cansado y escéptico, a pesar de sus achaques y chifladuras, conservaba aún vivo y sólido el externo barniz de la buena crianza. No tuvo un momento de duda, ni dió ninguna cabriola por el espacio, ni se durmió en el sosiego de la noche sobre la suave hamaca del tiempo. Había forasteros en Zalea, gente crítica y husmeadora de la que goza tasando las debilidades ajenas, y el prudente reloj consideró oportuno comportarse con sumo tacto y delicadeza. Pero al día siguiente de terminados los festejos, cuando el pueblo volvió a recobrar su fisonomía normal, limpio de forasteros, el reloj, callado durante la noche, a partir de la desgracia ocurrida en la capea, dió rienda suelta a las bellaquerías de su furioso mecanismo y comenzó a señalar las horas con intervalos de quince minutos. Y aconteció, que habiéndose acostado después del baile de *la licencia* los zaleanos rendidos y tronzados por el trajín de los pasados días— a las once los más trasnochadores,—con el afán de levantarse a la una, a las dos y a las tres, como en días corrientes de trabajo, dióse tal maña el reloj en correr por su blanca y redonda esfera, que un cuarto de hora más tarde daban las doce y la una sonó quince minutos después y así las demás horas de la noche. El sereno no daba abasto a la pesada tarea de despertar a sus convecinos. Y éstos, que apenas habían reconciliado el sueño, levantábanse de mal humor, pareciéndoles imposible que ya fuera la hora señalada.

Poco más de media noche, todo el mundo estaba camino del campo. El tío *Socarraes*, sin fuerzas, de tanto golpear en las puertas, cantaba con voz áspera y bronca:

—Ave María Purísima. Las cuatro. Serenooooo.

Desde la noche en que se quedó dormido, al tío *Socarraes* le inspiraba el reloj un terror supersticioso, como si fuera su mayor enemigo. Pasara lo que pasara, él obedecía al reloj y santas pascuas. Por la posición de las estrellas en el cielo, el incomprensible silencio de los gallos y la premura en el sonar de las horas, el tío *Socarraes* sospechó que el reloj debía de andar mal otra vez. Y al sonar las cinco, dirigióse a su domicilio y se acostó.

Los labradores que habían salido al campo, esperaban inútilmente las horas del amanecer. ¿Qué ocurría? ¿Por qué misterioso motivo no se teñían de rosa las nubes del horizonte en el lejano oriente? ¿Por qué callaban las aves en sus nidos? ¿Se habría equivocado el sereno al despertarles? ¿Estaría borracho? ¿O sería el reloj...? Quizá el reloj.

—¡Ese reloj! —decían muchos. Y en espera de que llegase el alba, arrojados en sus mantas, sobre el tablado de los carros, la inmensa mayoría de los madrugadores se echaron a dormir, hasta que la luz del sol, ya muy avanzado en su carrera, les sacudió de su modorra.

No pararon aquí las imprevistas bromas del reloj. A las tres de la tarde debía celebrarse el entierro del desdichado Ramón de *Carabases*, muerto el día anterior por un toro. Vuelto a la normalidad por Faustino, que sudaba gobernando al indómito reloj como si estuviera en pleno verano, la mañana se deslizó apacible y tranquila. Hasta las dos de la tarde, el reloj marcó las horas con exactitud. A la casa de la viuda de Ramón comenzaron a llegar las vecinas. El difunto, horriblemente pálido, yacía en

su ataúd, soportando impávido, con el supremo estoicismo de la muerte, las feroces acometidas de las moscas. Sentadas en sillitas de esparto las mujeres rezaban por el alma del malogrado leñador. Pocos minutos después de las dos, el reloj señaló el primer cuarto de hora y otros tantos minutos a continuación, la media. Entonces, las plañideras del pueblo, que eran cinco o seis, comenzaron a gemir y a llorar, con desconsoladora amargura. No eran profesionales del dolor, de las que cobran por sus lágrimas una prudente cantidad convenida de antemano. Se trataba de unas abnegadas deportistas de entierros, lloronas de nacimiento, expendedoras pródigas de lamentaciones, que gozaban con íntimo deleite viéndose admiradas por sus fingidas penas y gritos desgarradores. Comenzaban siempre su tarea media hora antes del entierro. Treinta minutos de lloriqueos, hipos, suspiros y locos arrebatos, los resistían con facilidad. La práctica no les aconsejaba prolongar por más tiempo su peligroso y fúnebre entretenimiento, sin exponerse a enfermar de los ojos y a quedarse roncacas durante una semana. Daba compasión y hería las entrañas el oírlos. De tan perfecto modo ensalzaban los méritos de cualquier difunto y se sentían intérpretes de la desolación de la familia, que constituía su actuación un espectáculo muy interesante. Algún detalle, falto de sinceridad, rompía a veces la grandeza del coro de plañideras. Con voz de ira y de rabia, abandonando en rápida transición el tono amargo y lacrimoso, solían reprochar a cualquier niño una travesura.

—Aparta de ahí, chiquillo. Eso no se hace.

¡Qué áspera, qué desafinada, qué molesta resultaba la frase en medio del armónico gemir y de las entonadas imprecaciones a la fatalidad! El reloj que sabía de fingimientos, hipocresías y mentiras sociales, como buen ede-

cán del tiempo, tanto como un confesor, tomó el partido aquella tarde de burlarse de las infelices plañideras, y parándose de nuevo, dilató indefinidamente el dar las tres, hora señalada para el entierro. Rugían y lloraban las pobrecitas, a medida que se acercaba el instante fatal de llevarse el cadáver. Cada minuto que pasaba era mayor su desconsuelo. Se oía de medio pueblo la baraunda de sus voces. Las últimas lágrimas que les quedaban en depósito salían ya a torrentes. De un momento a otro llegaría el cura y era preciso redoblar los esfuerzos. ¡Qué inconsolable pesar el de las afligidas mujeres! La propia viuda de Ramón, en su sincero dolor, parecía empequeñecida por las ostentosas y formidables angustias de las deportistas de entierros. Unas por gusto, otras por contagio, y otras por deber, muy pocas por efusión natural del alma, el caso es que todas las mujeres que esperaban la llegada del cura, lloraban. Aquello sí que era un verdadero mar de lágrimas. Los pañuelos, de todos los colores del iris, revoloteaban como grandes mariposas alrededor de los ojos. Hubo un momento, el momento calculado para la terrible ceremonia, en que, redoblando los lloros y haciendo de tripas corazón, las plañideras parecían desgarrarse en pedazos de tanto sufrir. Era el momento en que llegaba el sacerdote casi siempre y se llevaba al difunto y dábale por terminado el espectáculo. Con el rabillo del ojo, miraban a la puerta las plañideras, en espera del deseado instante. Llevaban media hora larga de estrepitosos sufrimientos y comenzaban a sentirse rendidas. Pero el cura no llegaba. Fué forzoso continuar, sacar fuerzas de flaquezas, pedir nuevas prestaciones a los lagrimales, carraspear en las gargantas para que la voz no fallase o sonara con desfallecimiento. Una de ellas, más impaciente, envió a un hijo suyo en busca del cura.

—Corre. Entráte de la tardanza. Pregunta qué es lo que ocurre. Dile al cura que venga.

Miradas de infinita gratitud buscaron sus ojos para aplaudirle la medida. El cura hacía mal retrasándose de aquel modo. Se trataba de un asunto serio que debía realizarse con la mayor puntualidad. ¿Qué haría en su casa el cura en aquellos momentos? ¿Estará durmiendo aún la siesta, o...? ¡Señor! Algunas plañideras rezongaban abatidas y no se quitaban el pañuelo de los ojos para que nadie advirtiese que los tenían exhaustos de lágrimas. Otras condensaban su pesadumbre en suspiros prolongados y frecuentes. La *Cachorra*, que era de las más famosas plañideras, quedó callada unos instantes.

Con gran estupefacción de todos los presentes, de súbito, rompió a roncar, con tan estridentes trompetazos, que hasta el muerto pareció disgustado de oírlo. ¡Aquella mujer era intolerable! ¡Qué descaro! ¡Dormirse en un entierro! Que se fuera a la cama. Nuevos rotundos y furiosos ronquidos siguieron a los primeros. Una mujer que entraba en la casa, creyendo, en una confusión propia del terror superstitioso que inspiran a la gente de escasas luces mentales los difuntos, que era el mismo leñador amortajado el que roncaba, dando un espantable grito, echó a correr hacia la calle.

—¡Despertadla!—dijo con tono avinagrado una vieja.

Sí, sí; despertadla. Cualquiera se atrevía. Mejor era que roncara. Tendría que oír el escándalo que armaría la *Cachorra* si alguien se atrevía a meterse con ella. Que roncara todo lo que quisiera. Bien pensado, les había hecho a todas las presentes un gran favor, porque comentando sus desahogos nasales ya ninguna lloraba, ni gemía, ni se desesperaba, sin correr el ridículo de darse por vencida en el arduo empeño de condolerse por el fallecimiento de Ramón de *Carabases*.

Llegó el niño enviado en busca del cura.

—Ha dicho el padre rector, madre, que vendrá cuando sea la hora.

—¿Ya está vestido?—interrogó la aludida madre a su vástago.

—Ya. Sólo espera a que den las tres.

Nuevas miradas interrogadoras se cruzaron entre las plañideras. La verdad es que estaban abatidas y destrozadas, por el esfuerzo llevado a cabo. Cuando llegase el cura realizarían la última y suprema hazaña. La vieja que pretendía que despertasen a la *Cachorra*—más templada, por fortuna, en sus ronquidos,—propuso que rezasen un rosario, solución que fué aceptada por unanimidad. Las partes del rosario fueron pasadas unas tras otras, así como la letanía, y el entierro sin celebrarse.

El rumor de un tren que deslizábase por el puente de hierro, despertó a todo el mundo de su atonía. ¡Las cuatro! ¡El tren de las cuatro!

—Corre a la iglesia. Dile al cura que venga, que son las cuatro,—ordenó la madre anterior a su hijo.

No fué necesario. El cura, que aguardaba impaciente paseándose por la iglesia a que diese la hora para acudir al entierro del leñador, tan pronto como oyó la llegada del tren se lanzó a la calle seguido del alguacil.

—Buena nos la ha jugado el dichoso reloj—decía el cura.

—Buena, padre rector.

—Mañana enviaré a componer mi reloj. Así no podemos vivir.

—Es verdad. El alcalde debía hacer arreglar el del Ayuntamiento.

—Ya se lo diremos.

Y por culpa del pícaro reloj, Ramón de *Carabases* recibió cristiana sepultura una hora más tarde de lo previsto y las mujeres del pueblo, aficionadas a los deportes macabros, se quedaron roncadas y padecieron durante varios días de conjuntivitis. La *Cachorra*, más animada por el imprevisto sueño

que acababa de disfrutar, dirigióse a casa tan cronda al terminar el entierro.

Allí estaba Antonio, sentado junto a Gertrudis, a la puerta de Santa Lucía, en amorosa plática. Al verles torció el gesto.

—¿Tú por aquí?—le dijo a Antonio.

—Sí señora.

—¿Es que ahora te dedicas a hacer el vago?

—¡El vago! ¿No sabe que estoy enfermo?

—¡Madre!

—Ya sé que mi marido te ha dicho que vengas y que estés tranquilo, que lo de Baltasar son fantasías que se me han metido a mí en la cabeza. ¿Fantasías, eh? El tiempo lo dirá.

Antonio y Gertrudis temblaban de pena.

Terminado el sofión *la Cachorra* metióse en casa, dejando en la puerta a los desdichados jóvenes.

—Gertrudis, qué desgraciados somos.

—Sí. No merecemos ser tratados así.

—¿Tú quieres a Baltasar?

—No seas tonto. A ti solo y para siempre.

—Pues esto no tiene más que una solución.

—¿Cuál?

Y Antonio comenzó a charlar con su novia en voz tan baja que el secreto de su conversación no ha llegado hasta nosotros.

IX

Una semana después del día en que se trasladaron al cementerio los restos mortales de Ramón de *Carabases*, ocurrió en Zalea un episodio que pasó inadvertido para la mayoría de sus moradores, y, que sin la oportuna intervención del *sereno*, hubiera podido

tener consecuencias desagradables. No nos es posible referir con todos sus pormenores lo acaecido, porque nuestra pluma, respetuosa siempre, niega-se ahora, una vez más, a descorrer el velo de lo desconocido. Lo cierto es que, durante una noche oscura, una sombra inquietante avanzaba con sigilo junto a las puertas de las casas. ¿Sería un malhechor? ¿Un espía? Vista a poca distancia, la silueta parecía la de Faustino el alguacil.

¿Dónde iría? ¿Qué fatídicos propósitos abrigaba? Avanzó la sombra hasta llegar a una de las casas próximas al final de la calle, en la fila de la derecha. Una vez allí sacó una llave del bolsillo, abrió con escrupulosa precaución la puerta y entró en la casa, dejando sola la puerta cerrada con picaporte, o simplemente entornada. En el mismo instante apareció por la esquina el sereno. Adelantóse por la acera y llegando a la puerta de la aludida casa empezó a dar golpes en ella con la lanza.

—Me he retrasado—pensó, viendo en la puerta una sola piedra.—Bueno, me pondrá *Peret* cuando se despierte y sepa que son las dos.

Acababa de hacer esta reflexión el tío *Socarraes*, cuando se oyó en el interior de la vivienda gran tumulto de gritos y voces. Prestó atención para cerciorarse con exactitud de la causa del escándalo y las palabras que percibió claramente le sumieron en un mar de confusiones. *Peret*, el dueño de la casa, discutía con Teresa, su mujer, una rubia mantecosa y flácida, denguera y meliflua, que se pasaba las horas muertas durante el día quitándole el pellejo a todo bicho viviente.

—¿Es que yo estoy ciego?—decía *Peret*.—Te digo que he visto un bulto, una sombra, que entraba en nuestro cuarto y que huyó al oírme preguntar a mí: ¿Quién va?

—Tú has visto visiones, *Peret*.

—Te digo Teresa, que alguien trató de entrar en nuestro cuarto.

—Tú eres un cobarde, *Peret*, y has visto visiones.

El duro juicio de Teresa fué premiado por su marido con una sonora bofetada. El candil que la mantecosa hembra tenía en las manos se vino a tierra con estrépito y apagóse la torcida ahogada en un charco de aceite. Teresa comenzó a llorar y a pedir socorro con gritos desgarradores. El tío *Socarraes* se abalanzó a la puerta y sin saber cómo se la encontró abierta.

La débil luz de su farol iluminó el ancho zaguán, donde el matrimonio disputaba. Teresa, con las dos manos en el carrillo lastimado, vertía lágrimas o gruesas gotas de grasa por sus ojos de cordero herido, mientras gruñía blasfemias e insultos con su voccecita de querubín. *Peret*, de malhumor y atontado aún por el exceso de sueño, trataba de imponer a su inteligencia el trabajo de discurrir lo que había pasado desde que oyó la llamada del sereno. “¿Cómo es posible que aquí haya entrado nadie?”—pensaba.—Mi mujer es fiel. Sí. Pero ¿y si me engañase? ¡Oh!”

—¿Qué ocurre? —preguntó el tío *Socarraes*.

Teresa se creció al oír la voz del sereno.

—Ocurre que este marido mío que es un canalla ha tenido el valor de pegarme una bofetada, porque le he dicho que vé visiones.

Peret iba a largarle a su mujer la segunda manguzada o bofetón cuando el sereno se interpuso entre los dos.

—Yo registraré la casa—dijo.—Tú engancha el carro, *Peret*.

El tío *Socarraes* registró la alcoba, la “cocina”, el hueco, debajo de la escalera, donde estaban hacinados los menesteres de la labranza—azadas, rejas y hoces—y subió al piso principal. Detrás de unos sacos de trigo, con cara de espanto estaba Faustino. El sereno le metió el farol en las narices

y haciéndole un gesto de reservá, descendió a la planta baja.

—No hay nada, afirmó.

Callóse *Peret*, dando como buena la explicación del sereno. Con gran parsimonia enganchó el carro y se fué al campo. El tío *Socarraes* le acompañó hasta el final de la calle. Teresa, al salir su marido y el sereno, se cerró por dentro con el cerrojo. La noche seguía oscura, impenetrable. Dos horas habían transcurrido cuando se volvió a ver la sombra anterior por la calle de San Vicente. Al dar la vuelta a la esquina de la calle, junto al Casino, el sereno volvió a iluminar el rostro del alguacil.

—Ya te he pagado el favor del otro día, dijo el sereno.

—Gracias, tío *Socarraes*. Si no es por usted...

—A estas horas Dios sabe lo que te hubiera podido ocurrir con ese animal de *Peret*. Y mucho cuidado para otra vez.

—Calle usted. El reloj ha tenido la culpa. El marido tenía que levantarse a la una, y yo estaba citado a las dos.

X

A pesar de la obstinada actitud de la tía Tomasa y la *Cachorra* para favorecer la realización del noviazgo entre Gertrudis y Baltasar, la timidez de éste constituía un obstáculo imposible de vencer. No había medio de conseguir que visitase Santa Lucía con frecuencia. Sólo un día que Pascual estuvo a verles al anochecer, forzado por su madre, le acompañó hasta su casa. Y la visita del intrépido vencedor en la *Machá* duraría cinco minutos, que pudo soportar gallardamente gracias a la cordial simpatía que le demostró Manolito, el mayor de los hijos varones, y a las miradas de afectuosa deferencia que

para con él tuvo Pilar, la menor de las hijas.

Aquella visita, realizada casualmente y contra su voluntad por Baltasar, trastornó por completo la cabeza de Antonio, que se desesperaba ante la idea de perder a su novia, a su inocente y cariñosa Gertrudis. La reiterada promesa de Pascual de que ni su mujer ni nadie impediría que se casara con su hija, si él continuaba siendo un muchacho formal y trabajador, no bastaba al caviloso Antonio. Para él, dos mujeres bien avenidas pueden, a la larga, con la voluntad y el tesón del hombre más serio y honrado. Con la excusa de sus dolores, que por la inusitada duración ya habían desacreditado injustamente la eficacia curativa del aceite de alacranes, Antonio se pasaba la mayor parte del día en casa de su novia, atento a la seguridad de su ventura, que estaba en el amor de Gertrudis. Para que la Cachorra no protestase, ayudaba a las mujeres en algunos menesteres domésticos, y él era quien extraía agua del pozo y daba de comer a las vacas y las sacaba a pastar por las tardes en compañía de su novia. ¡Qué momentos tan felices los pasados en la soledad de las montañas, bajo la clara transparencia del espacio!

Sus charlas, usualmente, no contenían frases apasionadas, juramentos ni promesas. Y, sin embargo, cada palabra que se dirigían era para ellos una seguridad de cariño, una afirmación de su entrañable afecto. Cuando poníase el sol, sobre las crestas de los montes, en el regazo de los verdes pinares de las cumbres, y tenían que regresar a Santa Lucía, una tristeza mortal, que, con frecuencia empujaba las lágrimas hacia sus ojos, invadía a los dos enamorados. La obscuridad que poco a poco borraba el contorno preciso de las cosas y amalgamaba el cielo con el mar, parecía interpretar su amargura. Y el silencio de la inmensidad tenía la desolación de su

propio desconsuelo. Presentían que el mundo les era hostil y dejaban las suaves laderas, sombreadas por algarrobos y olivos, y los apacibles valles, con una pena infinita.

Por segunda vez en el año daba la luna a las noches de Zalea el encanto de su poética luz. A las doce en punto de una de ellas, Antonio se acercó a la puerta del corral de Santa Lucía. Momentos después, abrióse la puerta silenciosamente y Gertrudis apareció envuelta en una blanca toquilla. ¡Qué bonita estaba la cándida y bondadosa criatura! Entornaron cuidadosamente la puerta, desde fuera, y cogidos de las manos, tréparon por un sendero, hasta la vía férrea. Desde la altura del terraplén divisábase el mar, ligeramente ondulado en su superficie, sobre el que trazaba la luna un amplio camino de temblorosas claridades. Con la soberana celeste, redonda, llena, derrochadora del oro claro de su luz discreta y confidencial, compartían la belleza imponderable del cielo las estrellas destacándose sobre el azul de la inmensidad con suaves resplandores. Reinaba en los campos y montañas un vasto silencio, sólo interrumpido por el croar de las ranas, locas de alegría y de entusiasmo en los charcos de los algarrobales y olivares, al contemplar la belleza y majestad de la noche.

Antonio y Gertrudis, sobrecoгidos también por tanta grandeza, caminaban callados por el sendero del terraplén, junto a los rieles de la vía férrea, que avanzaba en pendiente, descubriendo un gracioso semicírculo, hasta llegar a la playa.

—¡Qué noche tan hermosa! — comenzó diciendo Antonio.

—Sí—contestó ella, con su voccecita musical, que hizo más dulce la emoción.

—¡Si pudiéramos pasar la vida siempre así! ¡Juntos! ¡Como estamos ahora!

—¡Qué felicidad!

—De eso quiero que hablemos, Gertrudis.

Ella, sin saber la causa, tembló. Sentía un miedo invencible, una inquietud en el fondo del pecho que la dominaba. Trató de sonreír, de animar a su novio para que siguiera hablando, y no pudo. Mayor que su voluntad era el desasosiego que la invadía. Antonio, al verla temblorosa y pálida, comprendió que la había alarmado con sus palabras y trató de distraerla. Tiempo tendría, durante el curso de la noche, de plantearle concretamente la cuestión. Para alejar las inquietudes que ella pudiese sentir, comenzó a soñar en voz alta.

—Me gustaría—dijo Antonio—poseer todos los tesoros de la tierra. Tendrías trajes de seda, y joyas y muchas criadas para servirte.

—¡Virgen santísima, cuánta cosa!

—¿Y comidas? ¡Qué vida nos íbamos a dar!

—Sin tanta cosa también podemos pasarlo bien.

—Sí; pero fu madre no nos haría la contra.

—Tienes razón. Es inútil que yo le diga que no quiero a Baltasar. Ella sigue emperrada en que me conviene y en que he de casarme con él.

—¿Y tú qué le contestas?

—¿No lo sabes ya, tonto? Que sólo te quiero a ti y que si no me caso contigo me meteré monja.

—¡Gertrudis!—exclamó él con una gratitud inmensa.

Y enlazándose por la cintura, muy juntos, siguieron avanzando despacito.

—Yo, si tú me quieres, seré para ti siempre y sólo para ti.

—Y yo no seré nunca de ningún hombre más que tuya.

—¿Crearás que te quiero más que a mis padres, más que a mis hermanos, más que a nadie?

—Y yo a ti.

—Dios ha querido que seamos el uno para el otro. Y todavía preten-

den separarnos. Pues no puede ser y no será.

—No será, afirmó ella con la misma convicción.

—Yo no me hago ilusión de lo que es la vida más que cuando pienso que me he de casar contigo.

Se oyó el silbido agudo, prolongado, de un tren que se acercaba. No había ninguna senda para escapar del alto terraplén. Un almendro cercano les ofrecía el regazo de sus ramas. Antonio apoyó la espalda en el tronco y cogiendo estrechamente a su novia, esperó a que pasara el convoy. Ella, sin darse cuenta, se dejó abrazar, aterrada por la proximidad del tren. Majestuosa, imponente, apareció la máquina, que subía valerosa la cuesta, tirando de varias docenas de vagones de mercancías. En algunos de ellos, había corderos, cuyos balidos se percibían confusamente entre el formidable estruendo de herrajes.

Antonio bendecía en su interior la llegada del tren. Hasta entonces había amado a su novia con una castidad absoluta, con una vehemencia pasional limpia de todo deseo. Y ahora, al apretarla contra su corazón, sentía unos silbidos extraños en los oídos y que la sangre le golpeaba porfiadamente en las sienes.

—¡Madre mía, cómo te quiero! ¡Cómo te quiero!

Pasó el tren. Las luces rojas del furgón de cola, como si fuesen las gigantes pupilas del diablo de la sensualidad, parecieron animar al pobre Antonio para que siguiese por el fatal abismo a que le empujaban sus instintos despiertos. Caminaron de nuevo, con un abandono absoluto. Se acariciaban, perdido todo pudor, porfiados, tenaces, con una codicia insaciable. La belleza de la noche, con su hechizo de eternidad, había borrado de sus mentes la menor idea de pecado, haciéndolos irresponsables. Así avanzaron hasta el punto en que se unían la vía férrea, la carretera y el mar. De-

jando el camino de hierro, que se adentra por un desmonte de altos paredones grises, agrietados por las lluvias, se alejaron por la polvorienta calzada del camino real. Allí, asomados al acantilado sobre el mar, contemplaron un instante la inmensidad de las aguas, en una extensión de centenares de kilómetros. La claridad de la luna permitía distinguir a la derecha las lejanas cordilleras que, atravesando las vegas valencianas, penetraban en el mar, formando el cabo de San Antonio. Combada, la línea del horizonte, destacábase precisa sobre el azul del cielo. A la izquierda, otra grandiosa montaña, como un animal prehistórico, dormía en la arena, acariciada por las olas que besaban mansamente su plomizo corpachón. Una brisa juguetona rizaba las durmientes crestas de las olas, de nítida espuma, sobre la que se posaba con rápidos resplandores de nácar la luz lunar. Empequeñecidos por la grandiosidad del espectáculo, no se dieron cuenta de que sus bocas se besaban... Poco después, sobre un mullido lecho de algas, en la penumbra de una morada primitiva abierta por el mar en las entrañas de las rocas, los dos novios se amaban con una delicia nupcial...

XI

Pasaron los meses invernales y comenzaron a deslizarse los primaverales por el pacífico pueblo de Zalea, sin importantes novedades para los personajes de nuestra verídica narración. Pero Junio fué pródigo en acontecimientos. Comenzaba ya a notarse el movimiento veraniego; los pianillos de la capital, con gran contento de la Cachorra, que era una entusiasta de los bailes y danzas, irrumpían triunfales los días festivos por las calles

zaleanas; las uvas empezaban a madurar; en huertos y jardines, las flores parecían sonreír gozosas al sol y en las azules y mansas aguas del mar el astro rey hacía florecer grandes rosas de luz.

El intrépido reloj municipal, gracias a las reparaciones que verificó en su mecanismo un especialista de la ciudad vecina, marcaba usualmente las horas con regularidad. A veces, cuando volvía a perder los cascos, cosa que ocurría con escasa frecuencia, empezaba a dar campanadas sin orden ni concierto, con intervalos de dos a tres minutos y así estaba infatigable y tozudo hasta que Faustino, requerido por la gente, nerviosa y febril ante el insistente martilleo, corría a la torre municipal para parar los movimientos del rebelde y tenaz secretario del tiempo.

Los días que el reloj empezaba a dar golpes monótonos y porfiados, los zaleanos, mirándose con aire de inteligencia, como suele decirse, exclamaban:

—Hoy tiene hipó.

Para Santa Lucía, tan tranquila de ordinario, llegaron días de tristeza y de amargura. Gertrudis, la cándida y dulce mocita enamorada, estaba en meses mayores. La noticia, hasta entonces oculta, porque la interesada se apretaba ferozmente el corsé, comenzó a extenderse por el pueblo, con el escándalo que puede suponer el amable lector. Una cosa semejante jamás había ocurrido en Zalea, pueblo de costumbres patriarcales.

Refiriéndose a los veraneantes, que tanto dinero le daban a ganar y comentando la preñez de Gertrudis, decía la estanquera:

—¡Ya decía yo que la gente de la capital no nos traería nada bueno!

No obstante, todo el mundo sabía que el padre de la futura criatura era Antonio, su novio, el hijo del alcalde, ahora en Castellón, prestando el servicio militar.

El alcalde y Pascual, en vista de que la cosa había producido en todos los vecinos un sentimiento de airada protesta, decidieron casar a los chicos con la mayor diligencia, y una noche se dirigieron a casa del cura para arreglar el asunto lo más rápidamente posible.

Con un estupor que les dejó aplastados, oyeron de labios del virtuoso sacerdote que le era imposible casarlos.

—¿Por qué?—demandó colérico el alcalde.

—Eso ¿por qué?—añadió inmutado Pascual.

—Porque las leyes lo impiden. Su hijo Antonio se encuentra prestando el servicio militar y en estas condiciones está prohibido el casamiento.

—¿De modo que mi hija se quedará deshonrada, y la criatura que nazca deshonrada y sin padre?

El pobre sacerdote bajó la cabeza y dijo:

—Así es.

—¡Dios, qué cosas hacen los hombres!—comentó el alcalde.

—Llévela usted lejos—dijo el cura a Pascual—para que sea madre sin que nadie se entere, y cuando Antonio tenga su licencia del servicio, los casaremos, como cumple a dos cristianos y repararemos en lo posible la falta. Hoy por hoy nada puedo hacer.

Los dos padres afligidos salieron de la casa rectoral consternados y estrechándose noblemente la mano, se separaron en la puerta sin decir una palabra.

Pocos días después, los dueños de Santa Lucía, personas levíticas y de escasa ténura, despidieron de su finca a Pascual. La mancha de Gertrudis les impedía seguir ocupando un sitio en la heredad.

Cuando llegó la orden de que dejaran lo antes que les fuera factible su vivienda, la *Cachorra* armó el alboroto más considerable de su vida. Al pobre Faustino, comisionado para

darles tan fatal nueva, le soltó una rocinada de improperios que nos resistimos a reproducir. Y la cosa hubiera acabado mal, seguramente, sin un pianillo no hubiera recalado por Santa Lucía tocando bailables.

Faustino se defendía como le era dable y la *Cachorra* le llamaba gaudul, cerdo, pollino, muerto de hambre y otras lindezas más, en el momento en que el pianillo comenzó a tocar un danzón cubano.

En cuanto lo oyó la lenguaraz y roncadora mujer, sintió un hormiguillo en los pies y alegres retozos en el corazón y amainando progresivamente en su ira desenfrenada, comenzó a bailar, marcándose cadenciosamente la danza, los ojos brillantes, sensual la boca, al aire los pelazos rebeldes, con un impúdico movimiento de caderas, que tenía asombrado al alguacil. Seguía la música lúbrica y soñadora y la *Cachorra*, olvidándose de sus penas, de la orden de despido y de todo lo divino y humano, dejándose llevar de su afición apasionada por la danza, seguía impávida, hierática, con actitudes que hasta parecían hermosas, su bailoteo frenético con la boca llena de espuma y los ojos húmedos de placer. Faustino aprovechó la ocasión para largarse de aquel lugar donde tantos insultos había escuchado, y dejó sola, entregada a sus frenéticos movimientos, a la madre sin ventura, delirante partidaria del banal deporte de mover los remos al son cadencioso de la musiquilla cubana. El reloj, al enterarse de su danza, empezó a dar campanadas rítmicas, jaleándola en su cadenciosa orgía de caderas.

Una mañana calurosa, antes de rayar el alba, con dos carros cargados de muebles y las vacas detrás, Pascual dejó para siempre Santa Lucía, en compañía de los suyos. Se alejaron tristes, cabizbajos, desterrados por el fallo popular, que los consideraba unos apestados. Nadie supo adónde se dirigieron, ni volvió a tener noticias de

los viajeros. Alguien afirmó que se habían embarcado en un puerto próximo para América.

XII

Con un permiso trimestral, llegó Antonio a Zalea después de haber ocurrido la expatriación de su amada. El pobre muchacho se moría de dolor. Pálido, macilento, silencioso, vivía alejado de las gentes. De noche, se le había visto vagar alguna vez junto a Santa Lucía. Las comadres del pueblo achacaban cuantos desastres ocurrían a las bellaquerías del reloj, de las que todos eran víctimas.

—El reloj tiene la culpa de lo que te pasa, Antonio.

Pero Antonio, pensaba que la culpa la tenía él, que había querido asegurar para siempre el amor de su amada, saliéndose fuera de la normalidad, y sólo había conseguido perderlo, quizá para siempre.

Una noche, en plena sesión municipal, una noche tormentosa, en que el viento silbaba con voces agoreras, se oyó tal estrépito de herrajes y ruido de cadenas, en la torre del reloj, que la sangre se heló un instante en las venas de los ediles más esforzados. Sacando fuerzas de flaquezas subieron todos a la torre, precedidos de Faustino, que alumbraba con un farol de aceite, y al llegar junto al reloj, una nueva batalla de ruedas y poleas metálicas se oyó de tan imprevisible modo, que el alguacil soltó el

farol y quedaron a oscuras dando gritos y alaridos de terror.

Uno de los concejales más zotes gritó:

—Hay brujas y fantasmas...

La desbandada fué general. Diez minutos más tarde todos los concejales estaban en el lecho, tiritando aún de miedo, junto a sus dormidas consortes. Y el reloj enmudeció para siempre. Nadie habló de él, ni intentó arreglarlo. El miedo había establecido la pétrea conspiración del silencio.

Antonio, que tenía frecuentes accesos de rabia y sentía deseos de acometer a las gentes, acabó por juzgar, en el extravío de su razón, que el reloj era el autor de sus desdichas. Una vez había estado ya a punto de morir el enamorado infeliz. Cierta tarde se internó en el mar, vestido, con la mirada fija en el horizonte lejano, como si allí estuviera su deliciosa Gertrudis y las olas le ganaron el cuello y la boca y sin la intervención de un barquero hubiera quedado para siempre dormido en el fondo arenoso de las aguas.

Otro día, en pleno desequilibrio de sus facultades mentales, furioso, colérico, se lanzó a la torre del Ayuntamiento, subiendo por el tubo metálico de desagüe, adosado a la fachada, y agarrándose a las saetas, vomitó terribles blasfemias e improperios a su presunto y terrible rival. Dobláronse las saetas, que le cortaron las manos, y Antonio cayó sobre las baldosas de la acera, donde rebotó pesadamente. Y el reloj mudo, paternal, con sus saetas curvadas, como dos brazos, parecía llamarle al seno impasible de la eternidad.

Vicente Almela Mengot

PIERNAS Y BRAZOS ARTIFICIALES

TALLERES PROPIOS
LA ORTOPEDIA MODERNA
GRAN CASA CONSTRUCTORA

UNICA EN CORSETS DE CELULOIDE

MEDALLAS DE ORO
MADRID-ZARAGOZA

DE

GRAN PREMIO
PARIS-MILAN

APARATOS ORTOPEDICOS

GASAS ALGODONES VENDAJES MULETAS

CESAREO ALONSO

Fuencarral 104-MADRID-Telefono J. 415

FAJAS BRAGUEROS GOTIERAS GOMAS

**Aceites y grasas
-:- lubricantes -:-**

*Insuperable
para
el engrase
de
los autos*

SUCESORES DE
E. Steinfeldt



OLEO-MOTOR

*Correas
de
transmisión
y algodones
para
máquinas*

Calle del Prado, núm. 15
Telefono 984
MADRID

SUMMIT

Tónico
nervioso

Utilísimo a los convalecientes.
Pedit prospectos.

El **SUMMIT** combate la Anemia, la Debilidad geneneral, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositarlos: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

SUMMIT

Tónico
nervioso

**DEBILIDAD. NEURASTENIA
CONSUMCION, CLOROSIS
CONVALECENCIA**

ANEMIA
VINO
Y JARABE de
**Hémoglobine
Deschiens**

Todos los Médicos recomiendan que este Huevo vital de Sangre **OURA SIEMPRE**. Es muy superior a la carne cruda, a los ferruginosos, etc. Da salud, fuerza. - **PARIS**.

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana, para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanailla, Curacao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga, en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARÁN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD